



www.loqueleo.com/es

Título original: RUMBLE FISH

© 1975, S. E. Hinton

© De la traducción: 1986, Javier Lacruz

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-145-6

Depósito legal: M-37.930-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: septiembre de 2019

Más de 25 ediciones publicadas en Santillana

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Rosa Marín, Julia Ortega

y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA LEY DE LA CALLE

S. E. Hinton

loqueleg

Me topé con Steve hace un par de días. Alucinó al verme. No nos habíamos visto desde hace la tira de tiempo.

Yo estaba sentado en la playa, y él se acercó y me dijo:

—¿Rusty James?

—¿Qué pasa? —le contesté yo, que no lo había reconocido a la primera.

Ando un poco jodido de memoria.

—Soy yo, Steve Hays.

Entonces me acordé y me sacudí la arena mientras me levantaba.

—¿Qué pasa, tío?

—¿Qué haces aquí? —siguió diciendo.

Me miraba como si no pudiese creérselo.

—Vivo aquí. ¿Y tú qué haces?

—Estoy de vacaciones. Voy a esta universidad.

—¿En serio? ¿Y para qué vas a la universidad?

—Voy a dar clases cuando salga. En un instituto seguramente. ¡No me lo puedo ni creer! Pensaba que no volvería a verte nunca. Y menos aquí.

Supongo que los dos teníamos las mismas posibilidades de andar por allí, aunque estuviésemos muy lejos de donde nos habíamos visto la última vez. La gente flipa con cosas muy raras. Me preguntaba por qué no me alegraba de verlo.

—Así que vas a ser profesor, ¿eh?

Estaba claro. Siempre andaba leyendo y tal.

—¿Y tú qué haces? —me preguntó.

—Nada. Pasar el rato.

Pasar el rato es una profesión muy corriente por aquí.

6 Puedes pintar, escribir, poner copas, o pasar el rato. Intenté poner copas una vez y no me enrolló.

—¡Dios mío, Rusty James! ¿Cuánto tiempo hace de aquello?

Me lo pensé un momento.

—Cinco o seis años.

Las Matemáticas nunca han sido mi fuerte.

—¿Cómo viniste a parar aquí?

Parecía que no podía pasar del tema.

—Alex, un amigo mío que conocí en el reformatorio, y yo nos pusimos a dar vueltas cuando salimos de allí. Llevamos aquí una temporada.

—¿En serio?

Steve no había cambiado nada. Tenía casi la misma pinta, menos por el bigote, que le hacía cara de chavalito invitado a una fiesta de disfraces. Pero ahora hay mucha basca que se deja bigote. A mí nunca me ha enrollado.

—¿Cuánto tiempo te pasaste allí dentro? —me preguntó—. Nunca me enteré. Ya sabes que nos fuimos de allí justo después.

—Cinco años.

No es que me acuerde mucho de eso. Ya dije que ando un poco jodido de memoria. Si alguien me da una pista, soy capaz de recordar las cosas. Pero si tengo que hacerme solo, más bien no. A veces Alex dice algo que nos hace acordarnos del reformatorio, pero en general no habla de eso. A él tampoco le gusta recordarlo.

—Una vez me incomunicaron —le dije a Steve, porque parecía que estaba esperando por algo.

Me miró un poco raro y dijo:

—¿Eh? Perdona.

Se había quedado mirando una cicatriz que tengo en el costado. Es como una raya blanca abultada. Nunca se pone morena.

—Me la hicieron con una navaja en una pelea —le conté—. Hace la tira de tiempo.

—Ya lo sé. Estaba yo allí.

—Es verdad.

Se me vino la pelea a la cabeza. Fue como ver una película. Steve apartó los ojos un momento. Me di cuenta de que estaba intentando pasar de las otras cicatrices. No es que salten a la vista, pero tampoco son difíciles de ver si uno sabe adónde mirar.

—¡Oye! —dijo demasiado de repente, como si estuviese tratando de cambiar de tema—, quiero que conozcas a mi chica. No se lo va a creer. No te había visto desde que teníamos... ¿trece años?, ¿catorce? Aunque no sé yo —me echó una mirada que era medio en serio, medio en broma— si dejarás en paz a las tías de los demás.

—Sí. Tengo una chica.

—O dos o tres.

—Solo una —le contesté.

Me gustan las cosas sin complicaciones, y puedo jurar que una sola ya puede complicarte bastante.

—¿Por qué no quedamos para cenar en algún sitio? —me dijo—. Podemos hablar de los viejos tiempos. Me han pasado tantas cosas desde entonces, tío...

8 Le dejé que sacase a relucir aquella época y aquel sitio, aunque no me enrollaba hablar de los viejos tiempos. Ni siquiera me acuerdo de ellos.

—Rusty James... —decía él ahora—, me pegaste un buen susto cuando te vi. ¿Sabes quién creí que eras al principio?

Se me cerró el estómago como un puño, y el miedo de siempre empezó a subirme por la espalda.

—¿Sabes a quién te pareces?

—Claro —le dije, y lo recordé todo.

Me hubiera alegrado cantidad ver al viejo Steve, si no me hubiera hecho acordarme de todo.

Andaba yo vacilando por Benny's, mientras jugaba al billar, cuando me enteré de que Biff Wilcox quería matarme.

Benny's era el antro de los chavalitos del instituto. Los mayores solían ir por allí, pero, cuando los más pequeños se colaron dentro, se largaron a otra parte. Benny andaba muy cabreado por culpa de eso. Los chavalitos no tienen tantas pelotas que gastar. Pero no podía hacer mucho más que odiarlos. Un sitio se convierte en un antro, y punto.

Por allí andaban Steve, y B. J. Jackson, y El Ahumao, y unos cuantos colegas. Yo estaba jugando al billar con El Ahumao. Seguramente iba ganando yo, porque la verdad es que jugaba bastante bien. El Ahumao estaba muy mosqueado, porque ya me debía pelotas. Se llevó una alegría cuando entró El Enano y me dijo:

—Biff anda buscándote, Rusty James.

Fallé el tiro.

—Pues yo no me escondo.

Me quedé allí, apoyado en mi taco; sabía de sobra que no iba a ser capaz de acabar la partida. No puedo pensar en dos cosas a la vez.

—Dice que te va a matar.

El Enano era un chaval alto y flaco, más alto que cualquiera de nuestra edad. Por eso le llamaban El Enano.

—Decirlo no es lo mismo que hacerlo —dije yo.

El Ahumao ya estaba apartando su taco.

—Biff es un tipo asqueroso —me explicó.

—No es un duro, desde luego. ¿Por qué se ha mosqueado, de todas formas?

—Por algo que le dijiste a Anita en el instituto —dijo

10 El Enano.

—¡Jo! Pues no dije más que la verdad.

Les conté lo que le había dicho a Anita. B. J. y El Ahumao me dieron la razón. Steve y El Enano se pusieron rojos.

—¡Mierda! —dije—. ¿Por qué tiene que ir a mosquearse por una cosa así?

Me fastidia que la gente quiera matarme por una gilipollez. Si es por algo importante, ya no me preocupa tanto.

Me acerqué a la barra y pillé un batido de chocolate. Siempre tomaba batidos de chocolate en vez de Coca-Cola o algo parecido. Esas porquerías te dejan hecho polvo por dentro. Eso me dio un poco de tiempo para pensar las cosas. Benny estaba enrolladísimo con un sándwich, y me dejó bien claro que no iba a dejar lo que estaba haciendo para lanzarse a por mi batido.

—¿Qué es lo que va a hacer entonces? Quiero decir, para matarme.

Me senté en un banco de una mesa, y El Enano se sentó en el otro y resbaló hasta ponerse enfrente de mí. Los demás se apelotonaron alrededor.

—Quiere que os encontréis en el descampado que hay detrás de la pajarería.

—Muy bien. Supongo que vendrá solo, ¿no?

—Yo no me fiaría —dijo El Ahumao.

Intentaba decirme que estaba de mi lado, para que me olvidase de aquel lío de partida.

—Si va a aparecer con su basca, yo también apareceré con la mía.

No me daba miedo pelearme con Biff, pero tampoco me apetecía hacer el imbécil.

—Vale, pero ya sabes cómo va a terminar eso —dijo Steve, metiendo baza—. Todo el mundo acabará peleándose. Si él se lleva a su gente, y tú te llevas a la tuya...

Steve siempre era muy prudente para todo.

—Si crees que me voy a ir solo —le dije—, estás pirao.

—Pero...

—Mira, tío, Biff y yo arreglaremos esto los dos solos. Vosotros solo haréis de espectadores, ¿vale? No va a pasar nada porque haya espectadores.

—Sabes de sobra que la cosa no va a acabar así.

Steve tenía catorce tacos, como yo. Aparentaba doce. Y funcionaba como si tuviera cuarenta. A pesar de todo, era mi mejor amigo, por eso podía decir cosas que otros hubieran pagado muy caro.

—Maldita sea, Rusty James, hacía cantidad de tiempo que no nos metíamos en un lío así.

Tenía miedo de que acabase siendo una pelea entre dos bandas. Hacía años que no había habido por allí una auténtica pelea en condiciones. Que yo supiera, Steve

nunca había participado en ninguna. Nunca he podido entender que la gente tenga miedo de cosas de las que no sabe nada.

—No tienes que aparecer por allí —le dije.

Todos los demás tenían que ir para no perder su buena fama. Steve no tenía fama de nada. Era mi mejor amigo. Con eso bastaba.

—Sabes que voy a ir —me dijo cabreado—. Pero ya sabes lo que dijo el Chico de la Moto de las bandas...

12 —Pero ahora no está aquí —le contesté—. Lleva dos semanas sin aparecer. Así que mejor no me hables del Chico de la Moto.

B. J. metió baza.

—Pero ni siquiera nos peleamos con la banda de Biff, cuando íbamos por ahí montando bronca. Eran nuestros aliados. Acordaos de cuando se echaron encima de Wilson en el territorio de los Tigres.

Y ahí empezó una discusión sobre a quién se le había echado encima, cuándo, dónde y por qué. A mí no me hacía falta pensar en eso, de todas formas recordaba perfectamente todas esas historias. Pero necesitaba pensar cómo iba a enfrentarme con Biff, así que no estaba muy atento cuando alguien dijo:

—De todas maneras, cuando el Chico de la Moto vuelva...

Pegué un bote, y estrellé mi puño contra la mesa con tanta fuerza que la de al lado temblequeó, y Benny paró de silbar y de preparar su sándwich. Todos los demás se quedaron sentados, como conteniendo la respiración.

—El Chico de la Moto no ha vuelto —dije.

No veo nada claro cuando me cabreo. Me temblaba la voz.

—No sé cuándo va a volver, si es que vuelve. Así que, si queréis pasaros el resto de vuestra vida esperando a ver qué dice, de puta madre. Pero yo voy a machacarle las tripas a Biff Wilcox esta noche, y me parece que debería llevarme algunos amigos.

—Allí estaremos —dijo El Ahumao; me miraba con aquellos ojos suyos tan raros y descoloridos, de los que le venía el mote—. Pero vamos a intentar que la cosa se quede entre vosotros dos, ¿vale?

Yo estaba demasiado cabreado para decir nada. Salí dando un portazo. Como a los cinco segundos, oí pasos detrás de mí y ni siquiera me di la vuelta, porque estaba seguro de que era Steve.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me preguntó.

—Dame un pitillo.

—Ya sabes que nunca tengo.

—Es verdad. Me olvidaba.

Me puse a rebuscar, y encontré uno en el bolsillo de mi camisa.

—¿Cuál es el problema? —me preguntó Steve otra vez.

—Ninguno.

—¿Que el Chico de la Moto no esté aquí?

—No empieces a darme la coña.

Se quedó callado un rato. Una vez me había estado dando el coñazo cuando no debía, y yo le había dejado sin

aire de un puñetazo. Luego lo sentí mucho, pero yo no tuve la culpa. Debería haber sabido que no se me puede incordiar cuando me cabreo.

—Afloja un poco, ¿vale? —dijo al final—. Me vas a dejar sin piernas.

Me paré. Estábamos en el puente, justo donde el Chico de la Moto solía pararse a mirar el agua. Tiré la colilla al río. Estaba tan lleno de mierda que un poco más no iba a hacerle ningún daño.

14 —Has estado haciendo cosas raras todo el rato, desde que se fue el Chico de la Moto.

—Se ha marchado más veces —le dije.

Me cabreo enseguida, pero también se me pasa enseguida.

—Tanto tiempo, no.

—Dos semanas. No es mucho tiempo.

—A lo mejor se ha marchado para siempre.

—Corta el rollo, ¿vale?

Cerré los ojos. La noche anterior había andado por ahí hasta las cuatro y estaba un poco cansado.

—Este barrio es una mierda —dijo Steve de repente.

—Tampoco son los bajos fondos —le contesté sin abrir los ojos—. Hay sitios peores.

—No he dicho que fueran los bajos fondos, sino que es una mierda. Y lo es.

—Si no te gusta, cámbiate.

—Lo haré. Algún día lo haré.

Pasé de escucharle. No me parece que sirva para nada pensar en el futuro.

—Tienes que afrontar que el Chico de la Moto puede haberse marchado para siempre.

—No tengo que afrontar nada —le dije sin ganas.

Suspiró y se quedó mirando al río.

Una vez vi un conejo en un zoo. Mi viejo me llevó en autobús hace cantidad de tiempo. Me encantó aquel zoo. Intenté ir solo otra vez, pero era pequeño y me perdí cuando tuve que cambiar de autobús. Nunca llegué a tratar de volver. Pero me acordaba muy bien de él. Los animales me recuerdan a las personas. Steve parecía un conejo. Tenía el pelo de un rubio oscuro, los ojos muy marrones, y cara de auténtico conejo. Era más listo que yo. Yo nunca he sido especialmente listo. Pero me las apaño.

Me preguntaba por qué Steve era mi mejor amigo. Le dejaba venirse con nosotros, les paraba los pies a los demás para que no le pegasen, y escuchaba todos sus problemas. ¡Dios, cómo se preocupaba aquel chaval por todo! Hacía todo eso por él, y a veces él me hacía los deberes de Matemáticas y me dejaba copiar los rollos de Historia, así que nunca cargué curso. Pero a mí no me importaba cargar, conque no era mi mejor amigo por eso. A lo mejor era porque le conocía desde hacía más tiempo que a cualquiera que no fuera pariente mío. Para ser un duro, tenía la fea costumbre de dejarme enganchar por los demás.